

*- Sueños de un futuro mejor -*



*Antonio y María de los Dolores Navarro Martín  
Valle de Escombreras - 1955*

Nací hace cincuenta años mediando el invierno, en Cartagena, en la casa N° 3 de la calle San Lorenzo, en Escombreras, cerca de la Refinería. Vine al mundo en la habitación de mis padres, siendo recibida por ellos, el comadrón y mi abuela María. Fui el segundo bebé de la familia Navarro Martín. El primero, mi hermano Antonio, ya casi cumplía los dos años de vida.

Como herencia propia de mi generación, ambos fuimos bautizados con los nombres de nuestros padres y abuelos. Me llamaron María de los Dolores. Poco recuerdo de esos primeros años, salvo algunas imágenes de Procesiones, Verbenas, Día de Reyes, cacahuates tostados y garbanzos en cucuruchos, que resultaban tan sabrosos... También un concurso de carrozas, en el que, mi padre y un grupo de compañeros y amigos, construyeron una fantástica gallina clueca de grandes dimensiones, rodeada de cascarones de pollitos, algunos patitos y un cuervito. Todos esos animalitos, eran niños disfrazados y piando al paso, durante el desfile.

Esa carroza ganó el primer premio.

En esos años compartíamos los fines de semana entre vecinos. Solíamos viajar juntos en el único colectivo del “Poblado” al que llamábamos “La Guagua”, que nos trasladaba desde allí a las playas cercanas del transparente Mediterráneo, entre canciones y danzas.

En el Poblado, barrio dependiente de la Refinería de Petróleo, nos conocíamos todos. Mi padre era electricista. Trabajaba en esa empresa como los demás vecinos, y los fines de semana era el operador en el único cine que teníamos. Él proyectaba las películas junto con un aprendiz, un muchacho de oscura piel al que llamaban “El moro”, mientras yo dibujaba, sentada sobre las latas de las películas, mis primeros monigotes en papeles que mi madre guardaba como tesoro.

Cuando tenía dos años y medio, nos mudamos a otra casa, en Santa Florentina N° 5, donde nació mi hermana María del Carmen. Así vimos la luz los tres hijos en

España, como quiso la providencia, pues mi papá, antes de conocer a mamá, ya soñaba con marchar hacia Argentina.

Fue en 1940, en la posguerra española, cuando mi padre, por entonces haciendo carrera militar en La Marina y durante un viaje en el "Sebastián Elcano", conoció la ciudad de Bahía Blanca y pudo comprobar por que Argentina era considerada "El Granero del Mundo".

Así comenzaron sus sueños de radicarse en "América", para luego traer a sus hermanas solteras y sus padres.

Sin embargo, le precedieron dos de sus hermanos: mi tío Pepe, el mayor, quien viajó con su esposa y tres hijos, naciendo el cuarto en este país, y mi tío Diego, soltero al venir, y que luego se casó en Mendoza con una joven del lugar. Después, ambos se radicaron en la ciudad de Mar del Plata, en la costa del Atlántico. Y a esa bella ciudad nos dirigimos poco tiempo después, cuando vinimos a la Argentina, dejando allí nuestros corazoncitos de niños y adolescentes.

Partir de Cartagena fue triste para los grandes, y una aventura para los niños, aunque no nos agradó tener que dejar casi todas nuestras pertenencias. Lo que traíamos ocupaba dos baúles, dos valijas y algún bolso de mano... En el poblado, además de parientes, quedaban aquellos amigos de siempre: Doña Esperanza, vestida de negro leyendo en voz baja, Doña Pepa, mi primer noviecito de tres años, Joaquín, al que convertía en el centro de mi mal humor; la señora que tenía una nevera de hielo, cuya agua era mas fresca que la del botijo de mamá...

Un día de noviembre de 1956, embarcamos rumbo a la tierra soñada, agitando pañuelos desde la cubierta...

El buque de bandera Argentina era el Cabo Corrientes. Vivimos veinte días en él como si fuese una pequeña ciudad. Había cine y espectáculos, sobre todo al cruzar el Ecuador.

No comimos muy bien en ese viaje, o tal vez éramos los inmigrantes pobres los que no recibíamos tantas atenciones. Aunque, dentro de todo, había otros en peor situación. Nosotros teníamos "portillo" y lavatorio en el camarote.

Después vinieron las escalas en diferentes puertos. Los primeros pasos de mi hermana en Brasil, el avistamiento de Montevideo. Por último, Buenos Aires.

Nos aguardaban en el puerto mi tío Diego, su esposa Modesta y su hijito, mi primo José Antonio, en una camioneta del trabajo de mi tío.

Los hombres partieron en la camioneta y el resto de la familia en tren.

Siempre recuerdo que mi madre se sorprendía por lo extenso y productivo de estas tierras. Aquí, hasta en las cornisas, crece la hierba con facilidad, en especial en la zona húmeda.

Los comienzos en Mar del Plata no fueron tan fáciles como creíamos, al llegar, la sociedad comercial que mi padre y sus hermanos habían proyectado, no resultó. Vinieron desavenencias y se extendieron al ambiente familiar.

Los cinco vivíamos en una habitación, en casa de mi tío Diego y Ñata, y algo ocurrió que les molestó, porque guardo la triste imagen de mi madre llorando sentada en el baúl, y a mis padres, dejándonos solos, encerrados en esa habitación, para buscar una nueva casa.

Papá había alquilado cerca, un salón donde armó su taller y no le faltaba trabajo, aunque siempre los inicios son difíciles. El dueño de ese local, Mario de la Torre, fue nuestro benefactor, ya que nos ayudó en duros momentos...

Nadie alquilaba vivienda a recién llegados y menos, con hijos tan pequeños. Pensaban que destruiríamos el lugar. Fue Don Mario quien junto a mi padre, construyó divisorios en el salón, y así, allí tuvimos el trabajo y la vivienda.

María del Carmen y yo compartíamos la cama, cada una en un extremo. Antonio tenía la suya, papá y mamá también. Mamá cocinaba en un calentador a kerosén y la pileta del baño servía también para los quehaceres de la cocina. Una mesa rebatible también hecha por papá y varias banquetas, completaban el mobiliario. La ropa se colgaba en un caño, cubierto con una cortina.

No estaba mal para empezar. Luego, tuvimos una cocina a kerosén, donde mamá ensayó sus primeros bizcochuelos. La radio llegó más adelante, cuando años después, nos mudamos del barrio.

A todo esto, Antoñito, que al llegar cumplió los seis años, ya iba a la escuela. Y le seguí yo, con gran temor a mi primera maestra. Era una escuela algo marginal, y entre los niños el trato no era de lo mejor. Allí comencé a sentir un cierto grado de rechazo por mi timidez, por mi nombre, aquí poco común, que despertaba las burlas de la mayoría y por mi forma de hablar y de expresarme.

Con los años tuvimos que vivir una duplicidad de costumbres y modos. En casa, en familia, hablábamos de tú, con la "c" y la "z" en los lugares correctos y afuera, en la vida en sociedad, hablábamos, aún hoy, de vos y con el famoso "seseo" argentino.

La vida no fue tan benigna con nosotros. Hubo varios intentos de retornar a España, pero el cambio monetario no nos favorecía. Y así transcurría la vida, con un pie en Argentina y otro en "nuestra tierra", carteándonos con abuelos, tíos y primos.

De todos los que vinieron de la familia, fuimos los únicos que no pudimos volver, y fue por razones económicas.

Cuando mi abuela María enfermó sin remedio, allá en su tierra, papá no pudo darle el último beso. Y así también pasó con mis otros abuelos.

Fue cerca de 1970 cuando la desilusión de mi padre llegó al límite. Habíamos logrado construir con mucho esfuerzo y sacrificio, un gran chalet, donde podríamos albergar a los familiares, que mi padre esperaba que viniesen, pero grande fue la desilusión, cuando supimos que mis tías solteras no vendrían, ya que allá en España tenían mejor posición económica y una mejor vivienda que la que nosotros podíamos ofrecerles.

Los tres españolitos que un día llegamos con caritas de asombro, crecimos, estudiamos, llegamos a concretar una carrera universitaria, como era la ilusión de nuestros mayores. Antoñito, ahora Antonio (hijo) es Master en Comercio Exterior, y el único de nosotros que retornó por un tiempo, a nuestra tierra. María del Carmen, es Licenciada en Psicología y la única soltera de los tres. Yo, por mi parte, soy Médica Cirujana, aunque en la actualidad, me dedico a otra actividad, por la situación de crisis del país. Antonio tiene dos hijas, una de diecinueve años, estudiante y trabajadora; la otra de trece, también estudiante.

A mí, me llegó tarde el amor. Tengo dos pequeños, uno de nueve y el otro a punto de cumplir los ocho años.

Con ellos hablamos del pasado, de las anécdotas y todas esas cosas que nacen de la historia familiar.

Mis padres, gracias a Dios, aún viven, aunque nunca lograron cumplir sus sueños como los proyectaron. Algunos familiares nos han dejado. Unos se fueron de este mundo, otros volvieron a España.

Me quedan recuerdos de animadas reuniones en las Fiesta Navideñas, y otros de diferencias que, a veces, ponían distancia entre los hermanos.

Ahora estamos viviendo en diferentes lugares de la República Argentina; todavía con esperanzas en el futuro, y mirando hacia adelante.

*María de los Dolores Navarro Martín*